

EL CAMINO DEL CORAZÓN

Entrada desde la perspectiva de la fe

El Amor

Qué podríamos decir que no suene repetido acerca de la presencia en la Biblia del Amor de Dios por su pueblo. Abramos la Biblia por donde la abramos encontraremos diversas manifestaciones del Amor de Dios por su creación, especialmente por los hombres y mujeres creados a su imagen y semejanzas.

“El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho el mismo hombre..., entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola... Él es el que nos revela que Dios es Amor” (Gaudium et Spes 38).

En Cristo Jesús los cristianos reconocemos “la imagen visible del Dios invisible” (Carta a los Colosenses cap. 1,15). Por medio de él vislumbramos tanto lo que Dios es, como lo que estamos llamados a ser nosotros, los seres humanos: plenitud de receptividad y de donación. En el completo darse de Dios en Jesús y de Jesús en Dios se manifiesta el misterio “del que todos recibimos gracia sobre gracia” (Evangelio de Juan cap. 1, 16).

En el principio sólo estaba Dios y Dios es amor. Amor que es un comunicarse, un darse y en ese darse dar origen a la creación, al universo todo. Nuestra existencia sólo puede comprenderse como creaturas de Dios. Creaturas fruto del amor de Dios.

El Ser uno y único se nos comunica desde la profundidad de sí mismo como fuente originaria (Padre), como receptáculo con capacidad constitutiva de acoger (Hijo) y como flujo constante de devenir para dejar que los seres advengan, nazcan a sí mismos (Espíritu). Se nos invita a participar de esta relación sin que en ningún momento hayamos dejado de estar en ella. En Dios está contenida la realidad toda. No hay realidad fuera de Dios.

En su amor por nosotros, el Dios de Jesucristo, quiso revelarse al ser humano, y lo hizo en ese antes y después donde los afectos y las actuaciones se vuelven anécdotas, en la historia. El Dios eterno y omnipotente, decide hacerse historia para invitarnos a tener un diálogo personal con Él. El universo todo ha sido creado para que ese diálogo pueda existir, o sea, para que cada respuesta nuestra a Dios sea apasionadamente aguardada, y luego respetada, por Él.

“Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Apocalipsis cap. 3,20). “Estar a la puerta...” significa esperar, y no hay espera sin tiempo. Pero ¿qué es lo que Dios espera? Ni más ni menos que la buena acogida de su interlocutor, el hombre: entrar, sentarse a la mesa, y cenar con él. Y el hombre, con su respuesta positiva, “cenará con Dios”. La cena común iguala la importancia de los comensales, y en esa igualdad espera Dios que modifiquemos nuestra actitud hacia Él, hacia el mundo y hacia todos los hombres, especialmente los más desprotegidos.

Jesús es la conjunción de Dios en tanto que Hijo en lo Eterno, se ha hecho hijo en lo humano para despertar en nosotros la capacidad de reconocernos capax Dei, capaces de Amor, creados para recibir el verterse de Dios, destinados a convertirnos en el contenido para lo que hemos sido hechos recipientes.



La interiorización de Cristo Jesús en cada uno de nosotros se convierte en su encarnación continua, como continuo es también el acto creador de Dios.

La experiencia de ser amado nos abre a la posibilidad de amar. "El que no haya pasado por la experiencia de amar, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor" (Primera Carta de Juan cap. 4, 8). San Agustín en su obra De Trinitate (Pl. 42,957-958) escribe: "¿estás pensando qué o cómo será Dios... Para que puedas gustar algo, sabe que Dios es amor, ese mismo amor con que amamos... Que nadie diga: No sé qué es lo que estoy amando. Basta que ame al hermano y amará al mismo amor. Porque, en realidad, uno conoce mejor el amor con que ama al hermano que al hermano a quien ama. Pues allí tienes a Dios conocido mejor que el mismo hermano. Mucho Mejor, porque está más presente, más cerca, más seguro."

En nosotros, seres limitados, cuando amamos, "habita" Dios o, si se prefiere, quien ama "nace de" Dios, es de Dios, sólo que a la manera de un hijo. Este don de amor de Dios a nosotros, que nos habita, que nos hace semejantes a Él, es su regalo, para ser sus interlocutores y co creadores en su plan de humanizar la creación.

Actuaremos como Dios si nos mueve a actuar la misma actitud que puso en movimiento el amor divino: El darse gratuita y plenamente.

Estamos metidos en el Ser de Dios. Allí nos creó el Amor, para que estando en Él y teniendo la experiencia del Amor, podamos amar. El amar real, el amar que conocemos, el amar con nuestras propias limitaciones.

Dios permanece en nosotros... Tenemos al increado, al todopoderoso, al absoluto..., dentro de nosotros. No tenemos una gracia, una cosa regalada, un don divino que Dios nos dio. Él mismo está inmerso en nuestra existencia. Él es su regalo para nosotros. Ante semejante regalo, ¿no seré agradecido?